



OTREDAD, PARADOJA Y FICCIÓN EN MORALEJAS

Por Enrique PLATA RAMÍREZ

(<https://www.aporrea.org/autores/EPR/>)

**[Notas leídas en la presentación del libro *Moralejas*.
Primer Premio de Narrativa «Antonio Márquez Salas» de
la Asociación de Escritores de Mérida, 2004]**

Alberto Jiménez Ure es un escritor que no necesita presentación alguna. Su amplio trabajo narrativo, ensayístico y poético no sólo es bastante conocido sino que comienza a ser estudiado y reseñado en las más importantes universidades nacionales, e incluso en algunas del exterior, como *Salamanca* y la *Complutense*, ambas de España. Desde sus primeros trabajos narrativos, hasta *Moralejas*, que viene a representar una de sus recientes publicaciones. La delineación de sus personajes muestra al sujeto de las carencias, resaltando sus minusvalías, pulsiones, complejos, miedos, terrores, que lo llevan a asumir estados de agitación, de agresión, de promiscuidad y/o de enajenación.

Viéndose, entonces, con todo cuanto subyace en su interioridad: como subhumanos, como los monstruos que suelen esconderse detrás de una máscara, la misma que asoma la condición de «Lo *Otro*», de lo alterno, que oculta y devela, cual juego binario, los rostros del hombre y los del monstruo, la bestialidad que suele esconderse y a su vez emerger a través de cualquier resquicio humano, dando paso al surgimiento de distintos estados de enajenación, miedo, perversión y agresión, como única forma de superar la cruel paradoja de habitar mundos alternos que no son más que una larga pesadilla creada por la propia mente del hombre.

De esta manera, su narrativa trasluce un doble fondo que representa un complejo y heterogéneo mundo, desde el cual se aborda lo extraño, lo lúdico, lo erótico, lo pulsional, lo perverso, lo monstruoso, y más allá, en ese fondo del fondo, el doble fondo que mencionáramos, una jerarquización divina, a veces diabólica, dotada de múltiples sentidos y significaciones, que el lector acucioso no puede dejar escapar.

Su narrativa toda sondea los espacios abismales de la ficción, desde donde emerge abruptamente una «Realidad *Otra*», desquiciante, algunas veces monstruosa, otras más nihilistas, ambas plenas de elucubraciones, de motivos fantasmales, punzantes y desquiciantes.

Se escenifica así la creación de mundos alternos, aquellos que Pavel (1994), sostiene que emergen de los continuos trasvasamientos entre

la realidad y la ficción, con coordenadas propias, con límites y espacios definidos, y que muestran parte de la realidad del sujeto contemporáneo.

En esta narrativa persiste un extrañamiento, un desdoblamiento de la realidad que instaura la posibilidad de la verosimilitud; hay en ella un *trasvasamiento* de distintas líneas que van desde la compleja realidad del Hombre *postmoderno*.

El pensamiento filosófico que lo lleva a cuestionar la cosmogonía que habita, y la persistencia en unos espacios irreales, con atmósferas lúdicas, de *ficción y realidad*, que «se entrecruzan» alternamente, para sostener y recrear esos «Mundos *Otros*» en donde el Hombre no es más que un ser inverosímil intentando subsistir, en donde, para lograr lo terrible de su subsistencia, acude a distintas *pulsiones*, a encuentros entre lo *monstruoso* y lo *sagrado*, al reto de la muerte misma, y crear en ella o desde ella su posibilidad de permanencia en esos espacios que se abren hacia lo grotesco, hacia lo *aberrante*, hacia lo *alucinante*.

En el momento en que se encuentran o se cruzan las líneas de la ficción y de la realidad, que se da el *trasvasamiento* en ambas, se produce en ellas una fisura que asoma otros espacios, con imágenes brutales, crueles, alternas, insospechadas, de ámbitos que han permanecido dentro de la más escondida y oscura senda del Hombre, desde donde emergen para instaurarse como una perplejidad, como una conciencia acusadora.

Estamos, pues, ante la presencia de un escritor que aborda los espacios del absurdo, de la otredad, en una narrativa alucinante, paradójica, plena de momentos grotescos, inverosímiles, de abyecciones y juegos *metatextuales*. El absurdo, por cierto, se manifiesta como un quiebre, como una ruptura con la realidad.

Es otra de las formas de abordar las negaciones del individuo. Permite, a su vez, la irrupción de un mundo posible, de un mundo alterno. La ficción surge desde la burla, desde la ironía, y aún desde una profunda y paradójica realidad. Terry Eagleton sostiene que: [...] «*La literatura puede definirse como obra de imaginación, en el sentido de ficción, de escribir sobre algo que no es literalmente real*» (1988: p, 15).

Este sentido ficcional, *alucinante*, se escenifica en cuentos como *Los ruegos de Lunanueva* y *El sobreviviente*, con fisuras del Yo, abyecciones, lo absurdo, lo alucinante, y la irrupción de la otredad.

El absurdo será a su vez una de las razones para que se produzca la fisura, el trasvasamiento fronterizo entre la ficción y la realidad.

Jiménez Ure aborda los espacios que otros escritores rehúyen o eluden, y desde allí irrumpe, agresiva, fustigante, densa, aberrante, toda una narrativa de la inconformidad, de rupturas con la tradición.

Una narrativa que se sustenta, como ya hemos dicho, desde el extrañamiento, desde «Lo *Otro*», como si adentrarse en ella fuese descender a las regiones infernales. Una narrativa que sondea los abismos de la otredad, de lo extraño y el sinsentido.

Este ámbito de lo extraño y el sinsentido se manifiesta en forma urticante en cuentos como *El sobreviviente* y *El Niño Dios*. Así, la ironía, la meta escritural, los juegos del doble, estarán presentes a lo largo de la prolija obra de este escritor.

(Persistencia de lo abominable)

Lo absurdo, lo aberrante, lo grotesco, todo en su máxima significancia, hilvanando los mundos de la alteridad, rica panoplia expresiva que sustenta a una escritura nada fácil, recrean las atmósferas, produciendo en ellas *densidad* e *intensidad*, y el *extrañamiento* mismo, la *explosión* o el *giro inesperado*, serán la consecuencia del final de cada cuento, el lector debe estar preparado para lo imprevisto, para lo cruel o para lo sublime, para el terror, el odio, o para la risa irónica, la magnificencia.

Leer a Jiménez Ure es abordar lo extraño e intentar a la vez, descubrir las distintas variantes de un cosmos único, original, alejado de los mitos ontológicos e históricos que fundamentaron a la narrativa de lo(s) llamado(s) «Realismo Mágico» y/o «Real Maravilloso Americano»; alejado igualmente del producto final que intentó representar el «Boom Latinoamericano».

Nos muestra la amplitud del absurdo, de lo irónico, de lo fútil, y en segunda instancia, como en un *close up*, una imagen centralizada, única y ampliada, de ese instante de lo aberrante, de lo degradante, de lo monstruoso, de lo abyecto. Todo ello presente en los cuentos *El*

enfermo del Mal de Parkinson, Receptor de sonidos, ruidos y voces y Pelotón de fusilamientos, y en el resto de los trabajos que conforman este lúdico y paradójico libro.

Por otra parte, la alteridad representa la posibilidad de habitar mundos eminentemente disímiles, en los cuales, sin embargo, el hombre pareciera no tener escapatoria, posibilidad de redención, justificación de sí mismo. «El *Otro*» irrumpe, algunas veces abruptamente, otras desde una sutil ironía, tras la máscara que le oculta su verdadero rostro, o desde el fondo del *Mal* que instaura el permanente enfrentamiento, *la tensión*, o la disyuntiva entre los mundos binarios de *El Bien* y *El Mal*.

Este enfrentamiento puede apreciarse en su cuento *El supremo de Imperio*, con el cual abre su citado libro *Moralejas*. En este sentido, la escenificación de la alteridad representa la escenificación de una conciencia que fustiga al hombre ante su propia disimilitud. Otto Rank sostiene que [...] «*El síntoma más destacado de las formas que adopta el doble es una poderosa conciencia de culpa*» [1976: p. 122]. Los ámbitos de la ironía y la paradoja se cruzan constantemente con lo grotesco, lo abyecto, lo absurdo, lo perverso y lo dionisiaco, para recrear una tensión límite dentro de la cual subsiste, agónicamente, el sujeto.

Ironía y paradoja en cuanto mirada que fustiga, que acosa, y aún, que se burla, resquebrajando los valores sobre los cuales ha venido sustentándose el ser humano, *el sujeto de la postmodernidad*. En este sentido, la locura del personaje femenino de su cuento *La casa nº 500*, reconoce (en su entramado) los trasvasamientos de la ironía y las paradojas, que instauran lo extraño, lo caótico y lo demencial.

La valoración de Jiménez Ure está dada no sólo desde el extrañamiento de su narrativa, sino desde la aproximación a esos ámbitos otros, desde donde juega con la ficción, la ciencia, la religión, la filosofía, el demonismo, etc., creando una fisura en la realidad, en el lenguaje, en la manera tradicional de narrar y contar.

En sus cuentos pueden descubrirse hilos invisibles que se vuelven brillantes por un segundo, al trasluz de una lectura meditada, difícil, pues la escritura de Jiménez Ure no hace concesiones a la belleza, pero va fecundando unos relatos pletóricos de sarcasmo y una entrañable aproximación a la muerte. Entiendo que busca atrapar en sus relatos todos los matices del comportamiento humano. Por ello, en

su lectura encontramos el abrupto deseo: la nostalgia de lo primario, instantáneas del horror, la purga y la embestida, la intensidad de las emociones, el amor y la muerte, como corresponde; es decir, la destrucción por el eros o las intensidades femeninas.

Alberto Jiménez Ure significa, no sólo un latigazo para las letras venezolanas, sino *su conciencia misma*, al considerar las distintas posibilidades creativas que pueden ser abordadas por nuestros escritores. Posibilidades que han de ser acometidas por los críticos y los estudiosos a través de nuevos ojos, de otras miradas, o quizás de otras generaciones, menos escandalizadas y menos propensas a subterfugios y vanas discriminaciones.

[Tomado del libro *Las fantasmagorías en Alberto Jiménez Ure*, VI. Edición de la *Alcaldía de Libertador*, Mérida, Venezuela, 2010]

